



DIRECCION  
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS  
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION  
Plaza de Matute, núm. 2.

## COSAS DEL DIA

El cuento del muchacho labrador es de una indiscutible oportunidad.

—Padre, padre,—decia,—he sembrado patatas y, á que no sabe V. lo que ha salido?

—Qué ha de haber salido? Patatas.

—Pues, no señor: ha salido un cerdo, que se las ha comido.

De igual manera los republicanos teóricos sembraron derechos democráticos y en vez de salir federales salieron carlistas que amenazan destruirlos. Allí donde el Gobierno siembra fusiles para los voluntarios de la República sale una partida carlista que los hace suyos.

Hemos avanzado tanto en el camino de la libertad, que estamos á punto de llegar á la reaccion.

Se conoce que el progreso, como todo lo indefinido tiene la forma circular: salimos del punto del absolutismo y á fuerza de avanzar y avanzar estamos á pocas jornadas para llegar á él.

—Ya verán ustedes si llegamos ó no.

Y, la verdad es que los republicanos lo están haciendo bastante mal, sin que esto sea lisonjearles.

Si no temiera injuriarles, diria que lo hacen tan mal como los radicales, que es todo cuanto se puede decir.

Sirva de testimonio á la anterior afirmacion el empeño con que la República ha querido sostener á un funesto general sobre el pedestal en que le colocó el radicalismo. Y como las mismas causas producen iguales efectos, de aquí que el ejército, privado ya de todos los oficiales facultativos del arma de artillería ha corrido peligro de quedarse sin un solo oficial de infantería.

Por fortuna el conflicto se pudo conjurar, pero no tengan Vds. cuidado que pronto habrá otro y otros, porque

eso es lo que tiene la república: toda ella es un puro lio, y cada paso es un tropiezo, y así seguirá hasta que revienta.



España es la tierra clásica de los alcaldes célebres. Desde el alcalde Ronquillo al de Zalamea hay solo un paso; desde este al de Móstoles, menos aun. La época actual necesitaba tener otro alcalde que perpetuase la tradicion de la energía y el alcalde de cierto pueblo de Cataluña promete eclipsar las glorias de todos los mencionados.

Un periodista de buen humor sin duda ha tratado de inmortalizarle y gracias á él sabemos multitud de curiosos detalles, de que no seria justo que se viera privado el lector.

El citado alcalde, no temeroso, sino previsor de un ataque de los carlistas, ha hecho levantar una doble línea de murallas. Esto, por el pronto ha debido dar trabajo á los jornaleros y prestará mayor categoría á la poblacion, convirtiéndola en una especie de fortaleza del Botan ó de la China.

Despues ha recurrido al tesoro municipal y ha comprado tres bombas del modelo premiado en Zaragoza: no para extinguir sino para causar incendios. Sustituyendo el agua con aceite petróleo y dirigiendo la puntería contra el primer cuerpo de ejército carlista que se presente, el alcalde pasará á la posteridad y sus enemigos ingresarán en el Martirologio. Para el servicio de las citadas bombas existen en la Casa Ayuntamiento 24 barriles de petróleo.

Pero ¿y si las bombas no alcanzan hasta el punto que ocupen los carlistas? El alcalde está en todo y tiene dispuestos para dicha eventualidad unos cuantos centenares de cohetes á la congreve.

Y no limita á esto su prevision: juzga posible que el ejército invasor, mermado y todo por el petróleo y los cohetes, pueda llegar hasta la poblacion; desea que esta sea sepulcro de absolutistas y la ha minado á fin de hacerla saltar como un triquitraque en la ocasion oportuna, medida

tranquilizadora y á lo que el vecindario profesa un entusiasmo amor. Para destrozar á la caballería enemiga cuenta con torpedos de nueva especie que rompan las patas á los caballos y las piernas á los ginetes y por si el cerco se prolongara y se le inutilizasen los elementos de destruccion de que dispone, ha establecido una fundicion que produce un Remington por dia. Tambien estudia la manera de fundir cañones.

En la parte de la villa que mira al camino de Gerona ha hecho levantar tres puentes aislados, con sus correspondientes fosos y puentes levadizos donde encierra á los defensores y les quita todo medio de huir para obllgarles á que se defiendan hasta perder la vida. Las casas que miran al Norte están provistas convenientemente de granadas de mano.

Pero si el citado alcalde es un gran guerrero, no se le puede disputar tampoco el carácter de hábil político, como vamos á demostrar.

Así que teme un ataque de parte de los carlistas encierra en la iglesia á todos sus correligionarios, para tener abundantes medios de aplicar la pena del Talion. Habiendo re- puesto, puede fusilar á cuantos juzgue necesario para el mejor servicio de la causa republicana. Si necesita enviar un parte, se apodera del carlista más rico de la poblacion y le obliga á servir de guía, quedando en rehenes á su familia, y hasta que los portadores del parte hayan regresado buenos y sanos de la espedicion.

Finalmente, y esto es una hipótesis nuestra, por si llegara el caso de que toda defensa fuera inútil, ha hecho construir una sarten mónstruo en la que se dispone á freir á todos los hijos de los carlistas para dárselos á comer á los liberales el dia en que pudiera triunfar la causa del absolutismo.

¡Si será liberal el alcalde!

Ha llegado á Madrid un centenar de caballeros.

Residian tranquilamente en Cartagena y el gobierno cantonal los convirtió en marinos. Entónces libres de la presencia del cabo de vara resolvieron trabajar por cuenta propia y llenar el mundo con sus hazañas.

Todos ellos son polígamos, pues todos han tenido esposas.

Todos han debido tener reló, pues es público y notorio que se les ha visto con cadena.

Hoy puede que se les llame patriotas.

Antiguamente se les conocia con el nombre de presidiarios.

Los federales que han puesto el mayor empeño en concluir con el ejército han resuelto despues que cargue con el chopo todo ciudadano que haya cumplido veinte años y no pase de cuarenta y cinco.

El entusiasmo que ha producido esta medida no puede explicarse, y los madrileños no hacen más que buscar el medio de no complacer á los padres de la patria. Sabemos de quien se ha saltado un ojo para no ser miliciano; de quien trata de romperse una pierna y hasta de quien proyecta cometer media docena de homicidios para que le lleven al Saladero, donde á lo menos no tendrá que hacer guardias ni andar á tiros con los reaccionarios.

Otros muchos que no tienen valor para tanto se resignan con su suerte; pero sospecho que al primer portazo que escuchen dejan caer el fusil que la patria les confía sin ha-

berles provisto anticipadamente del valor necesario para dispararle.

Francamente, eso de representar el papel de *El héroe por fuerza* es una de las cosas más tristes en este pícaro mundo, por más que hará reir en grande á todos los extranjeros.

España va, pues, á convertirse en una especie de campamento; los fusiles van á ser más abundantes que los melones y el aguerrido ejército de voluntarios forzosos va á surtir de asunto abundante á los gacetilleros y narradores de anécdotas.

Ya nos parece estar viendo sembrada la calle de fusiles al primer toque de generala; ya creemos ver el pintoresco conjunto de todas las clases sociales, encontrando por fin la suspirada igualdad en la punta de las bayonetas; ya creemos oír los repetidos disparos de toda clase de armas, hechos sin querer por la nueva milicia creada por las Córtes y empezamos á contar las desgracias que ocasionará la torpeza de sus individuos.

Afortunadamente el Tesoro carece de fondos para comprar tantas armas como se necesitan para el armamento nacional, y habremos de limitarnos los vecinos pacíficos á aprender el ejercicio con cañas de escoba, que para el caso es lo mismo.



Supongo que importará muy poco á Vds. la última crisis ministerial. Diremos, sin embargo, que el Sr. Salmeron y sus amigos han descompadrado; que ha habido dimes y diretes, y que por último, el Sr. Castelar dicen que se ha encargado de formar y presidir nuevo gabinete, aunque otros dicen que será el Sr. Pi.

*Cosas de ellos.*

## CONVERSACION.

—Diga V., ¿qué es lo que pasa en Cartagena?

—Nada, hombre, nada, que allí están Roque Bárcia, Contreras y otros caballeros hace más de un mes, haciendo lo que se les antoja, y nada más.

—Pero y el Gobierno ¿qué hace?

—Qué ha de hacer... Nada. El Gobierno no hace nada en ninguna parte; es decir, hace el oso.

—Ya lo voy viendo.

—Sin duda espera que Roque y Contreras se mueran de viejos.

—¿Y los vecinos de Cartagena?...

—Se han trasladado á donde han podido; algunos, muchos, quedarán en la miseria, y todos sufrirán graves consecuencias de tan gran trastorno, pero todo les importa tres pitos al Gobierno del canton de Cartagena y al de Madrid.

—Le digo á V. que vá á quedar arregladita España con esto de la federal.

—Hágase V. cargo, y si no mejor será que los pregunte V. su parecer á los valencianos, á los vecinos de Sevilla, Málaga y Cádiz, á los de las Provincias Vascongadas, á los propietarios de Jerez y Córdoba y á los infelices pueblos en Cataluña.

—¡Qué federal de los demonios! ¡Y todavía en las Córtes se habla de federacion!...

—Desengañese V., los federales que tienen sentido comun, están ya convencidos de que eso de la federal es un disparate, pero para que no se diga, no lo dicen.

—¡Es decir, que por miserable amor propio sostienen lo que están viendo que ha de ser la ruina de la patria!...

—Sí, señor, son tan patriotas como todo eso.

—¿Qué calamidad?...

—Vengo á convidar á V.

—¿A mí?... ¿Son los días de V.?...

—No señor, pero voy á convidar á V. y á otros amigos á comer en Fornos.

—¿Pero por qué?... ¿Le ha tocado á V. la lotería?...

—No, señor; doy este banquete á mis amigos en celebridad de que el Gobierno ha relevado al general Hidalgo, y ya no verá todos los días sueltos en *La Correspondencia* acerca de ese señor.

—¿Y por eso vá V. á regocijarse?...

—Sí, señor, sepa V. que desde que se fué D. Amadeo, por causa de ese novísimo general, estoy preocupadísimo á consecuencia de leer su nombre en los papeles, y aunque no le conozco, no pienso más que en Hidalgo, sueño con Hidalgo, y no se me vá Hidalgo un momento de la imaginación. He consultado á varios médicos y me han dicho que esos síntomas eran un principio de locura, que solo desaparecerían cuando pasase mucho tiempo sin oír hablar de semejante personaje. Ahora parece que se me logra esto, pues el Gobierno le ha relevado, y celebro tan fausto suceso dando este banquete. Conque señor Hidalgo... digo, señor Fernandez... ¿Vé V. como todavía tengo esa fatal preocupación?... Con decir á V. que el otro día al firmar la nómina, escribí Hidalgo en lugar de poner mi apellido...

—En efecto, ese nombre y el del galante señor Perez, empresario de las sillas del Prado, se los sabe ya de memoria todo español; son los dos nombres más famosos de los tiempos presentes.

—Dígame V., D. Anacleto, ¿cuándo viene D. Carlos?

—Mire V. yo no lo sé á punto fijo, pero si no viene ahora no viene nunca, porque ahora tiene ejército disciplinado y numeroso, artillería, dinero largo, todos los fusiles que quiere, y además tiene otra cosa que le favorece más que todo eso, la federal y el cansancio del país, harto de servir de juguete á radicales, á sagastinos, á republicanos de orden y de desorden, que todos son unos, si bien se mira, y de unos y otros el país no espera ya más que mayores desgracias que las que ya le han proporcionado. ¡Esta es la verdad pura! Yo no soy carlista, ni entro ni salgo en política, pero no puedo menos de confesar lo que es verdad. Los revolucionarios de Setiembre, en lugar de edificar, empezaron á destruir, y ahora los republicanos acaban la obra y destruyen lo poco que aun quedaba en pié. No extraño que pregunte V. cuándo viene ese señor. Es una pregunta que hacen ya muchos que han sido muy liberales.

—¿Y V. espera en D. Carlos?...

—Mire V. yo no espero ya más que en Dios Todopoderoso; aquí abajo no espero nada de nadie. Digo, sí, ahora estoy esperando del casero una citación porque no le he pagado este mes. Como que vivo de una corta rentita de papel del Estado y no cobro hace tres semestres, y una casita que tenía en Valencia me la han bombardeado, y un francés vecino de Cartagena que me debía unos cuartos me escribió que girara contra él á la vista, y cuando llegó la letra fué cuando se proclamó el cantoncito y él giró hácia los Estados Unidos, de donde me ha escrito que no me paga porque no quiere ya tener nada que ver con los españoles.

—¿Ha leído V. los periódicos?...

—¿Qué he de hacer? Todos los días los leo á ver que nuevo mal nos cae encima ó que nueva barbaridad se ha dicho ó se ha hecho en las últimas veinticuatro horas.

—¿Habrá V. leído que los carlistas han decidido restablecer la inquisición en cuanto formen Gobierno?

—Sí, señor, lo he leído y me ha puesto la noticia los pelos de punta; pero luego he considerado que no será verdad, y me he tranquilizado. Las exageraciones á nada bueno conducen, y no es ya con la inquisición con lo que se gobierna á los pueblos, sino con leyes sábias y prudentes, con mucha justicia y buenos modos, y con la tolerancia compatible con el orden y el cumplimiento de los deberes de cada cual.

—Yo estoy escamado.

—Yo estoy afligido de que sucedan tantas desgracias, de que haya tan profundos odios entre los españoles, y de que hayamos llegado á tal extremo de ruina y degradación.

—Dígame V., ¿qué se sabe de Serrano, de Topete, de Sagasta, Martos y de todos aquellos que arrojaron del trono á la reina de España?...

—Nada, no se sabe nada; dicese que se contentarían con una republiquita unitaria, siendo ellos por supuesto los que la manejaran.

—Vamos, se vé que tienen buenos deseos.

—Ya lo creo, de mandar ellos.

—Don Tadeo, ¿conque todos vamos á ser milicianos?...

—Sí, señor.

—¿Y á quién vamos á defender?

—A Salmeron, ó á Pi, ó á Castelar, ó á Suñer, ó á quien mande.

—Pues mire V., que los defienda su abuela, si la tienen, porque yo no he de pasar malos ratos por defender á esos señores que son, como otros, causa de muchísimos males que todos sufrimos. Y V. ¿qué vá á hacer?...

—Ya vé V., tomar el fusil. Y V. también.

—Primero me hago carlista y me voy á Estella.

—¡Toma! y allí le obligarán á V. á tomar también el fusil.

—¿De manera que no se libra uno de esa pejiquera?

—No, señor; hay que tomar el fusil, que adelantar la contribución al Gobierno, que no cobrar el cupon y que estar siempre á la disposición de Salmeron, ó de Castelar, ó Suñer, ó de Bárcia, ó de Pi, ó de quien mande por lo federal.

—Pues le digo á V. que aunque los diablos se llevarán á la federal.

—Y se la llevarán y á todos nosotros con ella.

—¡Jesús! y que estemos así por unos cuantos charlatanes!...

—No, señor, ellos no tienen la culpa, la tienen los que los han traído, los autores de la setembrina. ¡Vaya, acompañeme V. á *Brahma*.

—¿Qué *Brahma* ni qué niño muerto?... Le parece á V. que se brama poco en la situación en que nos hallamos.

—¿No quiere V. admirar á la Pinchiara?

—Sí, hombre, sí, por ella lo hago. La pobrecilla no tiene culpa de lo que pása. Así la hicieran Presidenta del poder ejecutivo; mejor lo haría seguramente que los que lo han sido desde el se mi-rey Serrano hasta el filósofo aburrido Salmeron.

—Adios, chico, ¿á dónde vas?...  
 —Al cuartel.  
 —¿Pues eres soldado?... ¿No estabas en la reserva?  
 —Justo, me reservaban para que me peguen un linternazo los corlistas. Figúrate que vamos allá sin saber cojer el fusil...  
 —¿Y eras tan republicano porque no iba á haber quintas?  
 —Chico, no me lo recuerdes. Ahora veo que todo era farsa. Y mira tu que cosa tan singular, ahora que abomino de la federal es cuando me hacen ir á batirme por la federal. ¡Llevo un entusiasmo que no te lo puedes figurar!...  
 —Sí, ya me lo figuro.

## UNA CARTA DEL SHAH DE PERSIA.

Un personaje importante persa enviado desde París por el Shah de Persia con objeto de tomar una suscripción á EL CASCABEL, nos comunica la copia de una carta escrita por su soberano á su salida de Brindisi y dirigida á la sultana favorita, ó sea á su arreglito número uno. La hemos hecho traducir por la interpretación de lenguas y la publicamos á continuación:

*Brindisi, el primer día de la luna  
de Sahl-mhe-rhon, á la sétima hora  
del día.*

Terremoto de mi corazón, luz de mis ojos. Yo el rey de reyes, yo el centro de la tierra y de tus afectos, he sabido con pena que los celos habían entrado en tu corazón y que habías sospechado que era infiel el rey de reyes que se digna amarte. Ha llegado á mis egregios oídos que te ha apenado que después de traerte conmigo hasta San Petersburgo, te haya devuelto á las delicias de Teheran.

Cuando hayas leído estas letras, no me acusarás ya de ingratitude y comprenderás que obré sabiamente impidiéndote ver la Europa; hubieras quedado desilusionada y cachifollada.

Tú misma vas á juzgar, temblor de tierra de mi corazón, porque para que no dudes de mi sinceridad, te voy á decir las impresiones que traigo de mi largo viaje.

Los europeos son muy inferiores á nosotros y menos civilizados. Nosotros comemos con los dedos, y ellos necesitan unos instrumentos que llaman tenedores, y son de metal con mango de cuerno, pero sin un diamante siquiera. Tú, como yo, no podrás comprender la necesidad de ese intermediario entre lo que se come y los dedos. Con estos se coje la comida mucho mejor, y no hay temor de que el metal pueda contener algo nocivo que se adhiera á lo que se come.

La vista de ese instrumento me ha inspirado la idea de un nuevo suplicio para los reos que no sean condenados á muerte: los condenaré á comer con tenedor.

Te hubieras anonadado si hubieses visto como se conducen las mujeres de estos europeos.

¿Querrás creer que en público enseñan la cara y algo más?... ¿Querrás creer que hablan con los hombres en las calles?... Otro detalle que te parecerá horrible: muchas van á pié.

Tú no podrás comprender esto, porque tus piés reales no han tocado nunca el suelo. Eso se queda para las esclavas.

No comprendo á estos occidentales. Las mujeres salen solas, con la cara descubierta, se ríen á carcajadas, se levantan el vestido y se les ven las piernas: y si vieras qué gestos me han hecho algunas en París... Estoy escandalizado. Eso sí, son muy guapas, pero no tanto como tú, aire colado de mi corazón.

En todas partes me han festejado grandemente, aunque no tanto como merezco yo, hijo del sol, padre de la luna y rey de todos los reyes. Pero debo decirte que todas estas fiestas han sido iguales en todas partes.

A mi llegada cañonazos y una barbaridad de tambores; luego revista del ejército del país, y por último iluminaciones, pero ninguna como la que me aguarda en mi ciudad de Teheran, cuando vuelva á verte, temblor de tierra de mi corazón.

Los hombres se visten de negro de una manera rara y meten las manos en otras de piel. Las mujeres se visten de una manera todavía más singular; se aprietan mucho la cintura y se ponen detrás unos bultos que si las vieran en nuestro país no habría mujer que se librara de ser registrada por si acaso llevaba allí efectos prohibidos. Algunas de ellas se habrían venido conmigo de buena gana, pero no me he atrevido á llevarlas temiendo tus enojos, y sobre todo, porque habrían echado á perder á todas mis humildes súbditas.

He visto los reyes de por acá. Son unos infelices; sus vasallos les hablan sin postrarse en el suelo, dan la mano á cualquiera, y no empalan á nadie, ni siquiera llevan á su lado un sugeto pronto á cortar la cabeza á quien señale S. M. Esto me ha acabado de desilusionar, y estoy verdaderamente indignado de que no se me haya hecho asistir á la decapitación de 500 ó 600 hombres. Este hubiera sido un festejo digno de mi grandeza.

Los reyes viven de una manera ignominiosa. Bástete saber que ni siquiera tienen esclavos que les hagan aire con el abanico. Cuando tienen calor lo sufren como si fueran unos plebeyos. En fin, para que comprendas qué tal andan las cosas por estos países incivilizados, te diré que los reyes tienen que atender y hasta obedecer á la opinión de los pueblos.

La indignación no me permite continuar.

El rey de reyes, centro de la tierra, te manda salud y memorias á los que pregunten por mí. Y acuérdate de tu

SHAH.

P. D.—Pensaba haber ido á España, pero he desistido por que me han dicho que allí no hay Shah que valga, y que al primer Shah que asome por allí le rompen un alon los carlistas, raza para mí desconocida, ó se lo comen frito en petróleo y con tomate los cantonistas, indios bravos, que no hay quien pueda con ellos. Me escamé por consiguiente.

## CASCABELES

En una carta de Madrid, dirigida á un periódico de Cataluña, leo con espanto lo siguiente:

«Hoy por hoy insisto en lo mismo; no tenemos otra salida natural, que el advenimiento del Sr. Pi y Margall á la presidencia del poder ejecutivo.

¡Canario! dijo la princesa, pues entonces ya podemos emigrar á Marruecos, aunque sea á pié.

¿Han visto Vds. *Brahma*?...

Con decir á Vds. que no se ha visto en España nada tan maravilloso, como no sea la desfachatez de los políticos, ni nada tan elegante y tan sorprendente, como no sea D. Roque Bárcia, creo haber dicho bastante.

Los trajes son magníficos, los bailables preciosísimos, y la Pinchiara,... ¡ah! la Pinchiara baila como no se ha bailado nunca en el mundo.

Un lacayo novio de la cocinera de una gran casa fué invitado á comer con ella, que le sirvió una chuleta que no estaba muy buena.

—Chica, dijo el bárbaro, otra vez no me pongas á mí chuletas así; estas son buenas para los amos, pero á mí creo que debías tratarme de otra manera.

¿Querrán Vds. creer que aun hay quien cree que esto lo van á arreglar Serrano y Topete?...

•Pues, sí señores. aun hay quien dice eso, que es como decir que los sabañones se curan con tomarse una copita de aguardiente.

El Sr. Carvajal, el que tanto se ha distinguido en Málaga la bella federalizando á la antes apacible y tranquila ciudad, nos ha dirigido un impreso enderezado á sus amigos, en el cual procura hacer ver que los federales del partido de otro de los arregladores de Málaga, son los que tienen la culpa de todo lo que allí ha sucedido, y asegura que ya no se volverá á ocupar en política.

En esto nos parece que hace muy bien, y lo que deben sentir él y Málaga es que se haya ocupado hasta aquí.

Que persista en su resolución es lo que deseamos.

Pues señor, el Sr. Gonzalez Iscar, que parecia que iba á acabar con todos los revoltosos de España, nos ha salido huero.

Ya se sabe, todos los meses le sacan al Banco de España 20 milloncejos para la paguita.

Si continúa mucho este Gobierno de morondanga, se va á quedar el Banco de España como el gallo de Moron.

Hay Diputados que quieren que se establezcan cátedras de espiritismo.

No hay desatino que no se les ocurra á estos diputados de mogollon.

Lo que no se les ocurre es hacer algo para que las naciones extranjeras no se rian de nosotros.

Del 11 al 21 habrá feria y grandes fiestas en Salamanca para las que están haciendo grandes preparativos las corporaciones populares de aquella ínclita ciudad, recuerdo glorioso de los tiempos en que no reinaba en España el irritante despotismo republicano.

Las personas que puedan deben hacer el viaje á aquella hermosa ciudad, donde hallarán distracción, y tambien consuelo, recordando glorias de la patria.

Yo iria de buena gana, si tuviera dinero.

En Tarragona ha sucedido que al ir á encargarse un nuevo empleado del destino que le habia dado el Gobierno, quitándosele al que lo tenia, este último le hizo entrega del destino y además le disparó un tiro, que afortunadamente no le dió.

Lo que hizo este cesante es ni más ni menos que lo que hacen los partidos en España hace mucho tiempo por el mismo motivo.

La cuestion aquí no es más que el empleo.

Y los que no somos empleados pagamos el pato.

¿Con qué á todos los españoles mayores de 20 años y menores de 45 les van á dar el fusilito para defender á Salmeron y á su cuadrilla?...

Por supuesto que esa salvadora medida proporcionará muchos fusiles á los carlistas.

Desde hoy me pondré yo 45 años y medio.

Hace dias que la *Correspondencia* no escribe ningun suelto ponderando la galanteria del empresario de las sillas del Prado, el galante Sr. Perez.

Los lectores de Madrid, y más los de provincias están muy

disgustados de que la *Correspondencia* no hable hace dias de ese asunto.

Se han falsificado ya los billetes de 1.000 rs. de la última emision.

Supongo que ya se estarán falsificando los de la primera emision que se haga el siglo que viene.

¡Qué país!

En un periódico de la Habana encuentro esta bella poesia, sin firma de autor:

#### ESPERANZAS Y RECUERDOS.

##### I.

Dulce niña, á quien convida  
el mundo con faz risueña,  
alma inocente que sueña  
en la aurora de la vida.

Inquietos tus ojos lanzas  
hácia un bien que ves cercano.  
Dí, tu corazon ufano,  
¿de qué vive?—De esperanzas.

##### II.

Pasó la ilusion querida  
de la juventud lozana.  
—Pasó... ¡cuánta dicha vana!  
¡cuánta esperanza perdida!

—¿Son tus pensamientos cuerdos?  
—Cordura les dan los años.  
—¿Qué padeces?—Desengaños.  
—¿De qué vives?—De recuerdos.

##### III.

De ese modo miro yo  
cómo la vida se vá:  
primero lo que vendrá  
y despues lo que pasó.

De la dura muerte esclava  
nos dá por toda riqueza  
esperanzas cuando empieza,  
y recuerdos cuando acaba.

Se ha publicado ya el *Almanaque cómico* para 1874 del conocido editor Sr. Duran. Tiene graciosas caricaturas. El texto podia y debia ser mejor.

De todos modos, el *Almanaque* se venderá bien, que es lo que yo deseo para provecho del inteligente editor.

En el lugar correspondiente verá el lector el anuncio-programa de la próxima temporada en el teatro de la Zarzuela. Dirige el teatro este año el inteligente y distinguido cantante Sr. Salas, y á juzgar por las obras nuevas con que cuenta la empresa y por los actores que forman la compañía van á volver los buenos tiempos de la Zarzuela.

Deseamos gran prosperidad á la empresa.

Han de saber Vds. que ya tenemos billetes para el sorteo de la lotería de la Habana del 17 de Setiembre.

Hemos soñado que todos los números que se han recibido van á ser premiados, por lo cual aconsejo á Vds. deseoso de su bien, que se apresuren á comprar billetes, ó medios billetes, ó vigésimos. Vean Vds. el anuncio.

Existe un oasis en Cataluña, á las inmediaciones de Barcelona, que es el refugio, no solo de los que buscan salud en las

aguas termales ó del mar, sino tranquilidad en medio de la borrasca de los partidos y partidas.

Esa maravilla de quietismo la ofrece el lindo pueblo de Caldetas, centro de la fabricacion de las blondas, guipures y encajes: de los bizcochos inmejorables, y cuya situacion, frondosidad de naranjos, salubridad, apacible clima (aun en medio del invierno), le hacen una residencia muy superior á todo lo que existe, en su género, en el Mediterráneo.

Allí han encontrado paz y albergue las principales familias de Barcelona habiendo propuesto, tácitamente, no turbar aquel único sitio de reposó, los carlistas y republicanos beligerantes. El mejor fondista de Barcelona, Mr. Justin, superior en mérito al mismo Fornos, y desde luego más económico, facilita cómodo hospedaje y espléndida alimentacion por 26 rs. diarios. ¡Quién pudiera disfrutarlo!

Enviamos, por todo, el parabien á nuestro buen amigo el señor de Santa Romana, alcalde y patriarca de Caldetas, á quien esa aldea pacífica debe su prosperidad actual, las mejoras de sus establecimientos balnearios y de hospedaje, y los atribulados catalanes un rincon neutral y tranquilo donde pasar esta época de sangrienta guerra y organizado desórden.

Enviamos el más cordial parabien á nuestros amigos los señores Sert hermanos, fabricantes de géneros de lana de Barcelona, que han sabido elevarse al rango envidiable de *Grandes de España en la industria*.

A fuerza de laboriosidad y constancia; haciendo el bien de millares de familias; creando para sus obreros asociaciones benéficas y de mútuo auxilio producen en sus fábricas desde la alfombra que pisa el magnate á la manta de cama con que se abriga el necesitado: desde el rico albornoz con que la dama se adorna para un baile hasta el modesto manton de lana que usan las clases poco acomodadas.

Algunos de sus productos expuestos en el certámen de Viena han sido adquiridos para el Museo industrial de Berlin y aquel Jurado internacional compuesto de eminencias industriales del universo ha premiado su mérito sobresaliente con el GRAN PREMIO DE HONOR, del cual solo se han concedido dos en España: para los Sres. Sert y para Zuloaga. Dichosos los que en estos tiempos miserables alcanzan tan grande honra para sí y tanta gloria para su pátria.

Ha llegado á Vigo procedente de la Habana, y en breve llegará á Madrid, despues de veinte años de ausencia, nuestro querido amigo el ilustrado inteligente director gerente de la acreditada *Propaganda literaria*, D. Alejandro Chao, hermano del ex-ministro de Fomento del primer ministerio republicano. El señor Chao ha prestado en aquella isla un gran servicio á las letras y al ramó de librería, propagando con incansable actividad la lectura de los libros impresos en la Península; y su viaje tiene ahora por objeto, además del de visitar á su estimable familia, dar todavía mayor desarrollo á la *Propaganda literaria*.

Saludamos afectuosamente al señor Chao, complaciéndonos en avisar su llegada á los muchísimos amigos que tiene en Madrid, que tendrán gran satisfaccion en ver, despues de tantos años, al que fué su compañero de los bellos dias de la juventud.

Para no dejar de dar novela en este número, demoraremos hasta el inmediato la continuacion de *Escenas de Madrid*.

## LAS ESTRELLAS DEL SERRANO

LEYENDA ORIGINAL

DE  
MANUEL M. CABALLERO DE RODAS

(Continuacion.)

El movimiento de la pinaza no pasó desapercibido á los portugueses; pero ésta, que habia izado su vela y largado bien la

escota para recibir de lleno la brisa que soplaba de tierra, en una empopada llegó bien pronto al costado de su buque.

En él quedaron atónitos cuando vieron la maniobra de la pinaza. Los marineros contaron lo ocurrido y la primera providencia fué la de enviar con cautela un chinchorro con dos hombres que investigasen de lejos una parte de la costa. En tanto el *Santiago* empezó á aparejar, por lo que pudiera ocurrir: determinacion oportuna, porque antes de media hora el chinchorro descubrió en su nido al corsario y pudo aperebirse de los preparativos que hacia para aparejar á su vez. Izadas presurosamente las embarcaciones menores que estaban en el agua, levada el ancla, nuestro pobre buque empezó á cortar las olas, dirigiéndose á enfilarse un canal que, segun cálculos fundados del maestro Bermudez, debia ser corto y conducir á la mar ancha.

Escasa era la gente para la maniobra, pero voluntaria; la brisa favorable, llevando el barco de bolina. Los portugueses vieron la imposibilidad de alcanzar la pieza y renunciaron á la caza, dejando en su puesto á la *Nossa Senhora dos Remedios*, en cuyos sollados se encontraban ya á buen recaudo, doloridos y desesperados, nuestros cuatro míseros aventureros.

Lo que pasaba en tanto á bordo del buque español, más es para presentido que para descrito. El buen maese Andrés Bermudez, aunque curtido en la mar y familiarizado con todos sus lances, muchas veces terroríficos, no podia desechar la pena que le causaba un viaje tan desafortunado, hácia cuyo remate acababa de perder los mejores, los más útiles, los más simpáticos de sus pasajeros, aparte la humillacion de haber tenido que ceder el mar á un adversario aborrecido, á causa de la merma espantosa que en su tripulacion y pasaje habia hecho el escorbuto. Todos, cuál más, cuál menos estaban profundamente afectados y más que todos, triste, desesperada, yacia casi sin vida nuestra pobre amiga Beatriz de Toro, cuyo amor, no cabiendo en el pecho, hizo explosion por los ojos y los lábios y eso que la infeliz ignoraba que Alonso del Moral en vez de presa de los corsarios, lo habia sido de la inexorable parca.

Dejemos á nuestro desdichado buque seguir su rumbo en demanda del archipiélago de San Lázaro, donde luego le encontraremos, y tornemos á la fusta portuguesa y á la pequeña isla, teatro del sangriento suceso que ya conoce el lector.

Alvar del Retamar no pensaba en sus heridas y dolores físicos; su mente inquieta le hacia experimentar acerbos dolores morales, pero su vencimiento y su generoso corazón se hacia pedazos al considerar la infausta suerte del amigo de su corazón, del noble y valentísimo Alonso que, vendiendo cara su vida, habia sucumbido miserablemente en lejana tierra, donde su cadáver insepulto sería pasto de las aves carniceras. Crispado, perdido, en el paroxismo de una rabia impotente, como un leon mal herido por la saeta traidora de fementida sierpe, exhalaba su furor increpando duramente á sus secuestradores, retando á los más bravos á mortal combate y ganoso de que airados le rematasen. En honor de la verdad debemos decir que la conducta de aquellos hombres fué en lo general digna, porque respetaron aquel infortunio y procuraron calmar, si no los arrebatos del serrano, la ardiente fiebre que lo devoraba, y curar como Dios les dió á entender las heridas de sus compañeros, de los cuales el que más sufría era el marinero que tenia una pierna hendida. El alférez Quijano y el patron, habiendo recibido los más duros golpes en la cabeza, se encontraban postrados y sin sentimiento.

La noche en tanto se aproximaba, sin las medias tintas crepusculares, nulas en aquellas latitudes. El silencio se restablecia á bordo, donde habia quedado la mitad de la gente; la otra mitad pasaba la noche en la playa, aunque sin desviarse mucho. El capitán portugués, Antonio do Rozario Rodrigues Carneiro, viejo lobo marino, con más agujeros en su cuerpo que una criba, y actor en las épicas campañas de Castro, de Almeida y del grande Alburquerque, no estaba destituido de todo sentimiento de humanidad. Conoció que nuestro héroe habia menester aire que respirar, más bien que el reposo en una estrecha litera del sollado, y con todos los miramientos de que era capaz, hizo que se le pusiese sobre cubierta sobre tres ó

cuatro patatas, junto al cabrestante, y al cuidado especial de un pagecillo malayo muy listo y que hablaba bastante bien el portugués, pagecillo á quien se habia visto solícito acudiendo á todas partes, y con particularidad á prevenir cuanto puede ser útil á Alvaro, sin duda por ese sentimiento misterioso que se llama simpatía.

El exceso del sufrimiento hizo en nuestro héroe un cambio de conducta, y más aun que el sufrimiento, la vista del firmamento estrellado y la sensación de bienestar relativo que le produjo la brisa nocturna impregnada de las emanaciones de la tierra. Su pensamiento se concentró en Dios, en su providencia; tras esto vinieron los dulces recuerdos del tiempo pasado, del tranquilo hogar de Vianos y de la casa de Alcaraz, santuario que guardaba el ídolo de su corazón, y aquel huertecillo por entre cuyas plantas aun debía vagar el eco de cierto tierno y comprimido adiós, que sin cesar se repercutía en el corazón de aquel mancebo de tan vária fortuna. Dulces y silenciosas lágrimas se deslizaron por su rostro y desahogaron su pecho; que el varón fuerte no deja de serlo por derramarlas á impulsos de ternos y de honrados pensamientos. Ya en este estado el doncel, quedó tranquilo, y aun confiado, acallado el tumulto de las pasiones rencorosas que habian estado atormentándolo.

## CAPITULO VIII.

## EL PAJE DE LA MALASIA.

Tanto pasaba y repasaba el paje en torno de Alvar del Retamar, tanto atendía á sus menores movimientos, y tan intensamente le miraba, que hubo de fijar su atención, concentrada casi exclusivamente en los pensamientos de que tiene noticia el lector. Como habia oido que hablaban en lengua portuguesa el paje y como un portugués y un español, hablando cada cual en su idioma se entienden perfectamente, y mucho más se entendían en la época de esta leyenda, Alvar hubo de decir al muchacho una vez que se le aproximó:

—Oye, rapaz, tu pareces bueno y muy listo: ¿cuál es tu tierra?

—Señor, porque señor eres sin duda, ó *tuan*, como se dice en mi lengua: por ahora procura dormir y no te fatigues. Pero si no puedes dormir y quieres decirme alguna cosa, aguarda á que todos estén aquí recogidos, que yo no faltaré de tu lado. que así me lo encargó el señor Antonio.

—Hágase como quieras, que si tienes tan buena voluntad como demuestras, en algo me podrás servir.

Haré lo que pueda; pero ahora, calla.

Fatigada la gente por los trabajos del día, y enervada por el clima, se recogió el grupo de tierra en sus estancias improvisadas, y los de á bordo en sus hamacas, y sobre el puente contra las hordas, ó contra los rollos de maromas, ó donde bien les pareció, quedando el buque en completo silencio como á las diez, fuera de alguno que otro gemido arrancado por el dolor á los heridos. El paje se recostó apoyándose en un codo, y la cabeza en la mano, cerca de Alvaro, y á distancia que pudiese hablarle quedo. A poco se entabló el siguiente diálogo:

—¿Cómo te llamas, *tuan*, y de dónde eres?

—Mi nombre es Alvar del Retamar y soy español, de los reinos de Castilla. ¿Y tú, amable doncel, quién eres?

—Yo me llamo Katu Parakh, soy natural de Djawa (Java) y tengo catorce años de edad.

—Menester es que lo digas y que tu cara lo demuestre para que te crea, porque tienes discreción de muchos más años, y todos tus movimientos, sin quitar nada á la gallardía de los primeros años, manifiestan un aplomo singular. ¿Pero cómo te encuentras aquí? ¿Cómo no hay á tu lado alguno de tus paisanos?

Al oír esta pregunta tomó una expresión extraña la fisonomía del jóven, que pasó desapercibida á su interlocutor, á quien tras brevísima pausa dió esta respuesta.

—El cómo estoy aquí, *tuan*, es un poco largo de contar. En cuanto á gente de mi tierra, dos hay conmigo que en este momento duermen sobre el castillo de proa.—Pero hablando de

otra cosa: en qué puedo yo servirte, porque dispuesto me hallo á morir, si preciso fuese, en tu servicio.

—Muy obligado te estoy, querido doncel, por el interés que me manifiestas. Además, me inspiras una gran confianza que, si vieses defraudada, nada quitaria ni pondría á mi triste situación.

—Yo justificaré esa confianza. ¿Qué deseas? Habla sin temor que nadie escucha.

—Bien puedes pensar, aunque tan mozo, que mi mayor deseo sería poder huir de este barco y del poder de esta gente. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Por dónde? ¿Con qué medios? Eso á parte de que jamás lo haría dejando en poder de estos piratas á mis pobres compañeros. Otra espina tengo en el alma, y es la de abandonar en esta isla el cuerpo de un mi grande amigo, que puedo decir que por mí se ha sacrificado. Su memoria, la memoria de sus grandes hechos y de su amor á mi persona, renueva todos mis sufrimientos y excita mi fuerza.

—Cálmate, buen *Orang-España*, que de donde un amigo falta, otros quedan. Lo que es menester que el capitán Antonio quiera estar aquí unos días, y que no venga á levantarlo de cascos el cabo de soldados Joao Morgado, que tus gentes pronto estarán buenos y hasta entonces ya tendremos ocasión de hacer pláticas y concertarnos. ¿El amigo de que hablaste, murió en el encuentro de este día?

—¡Ah, sí! Murió y se llevó un pedazo de mi alma.

—Prométeme estarte una hora quieto y silencioso, y si quieres yo iré con mis dos *orang-djawa* (1) á darle sepultura y traerte alguna prenda de su uso. Trataremos su cuerpo con mucho respeto, le cubriremos la faz y le pondremos en las manos una cruz, á uso de los cristianos: ya sé yo hacer cruces y colocarlas.

Alvaro se llenó de tierna emoción al oír al niño javanes, le cogió una mano que llevó á sus labios, mano que estaba fría y temblorosa, y no pudo más que decirle estas palabras:

—Pues que tu lo quieres, anda, hijo predilecto de las selvas de Oriente; el cielo recompense tu caridad, y el Dios de los cristianos ilumine los días de tu existencia y te bendiga.

—El Dios de Modana, el Dios único y omnipotente, te consuele, excelente *orang* de los reinos de Castilla. Pronto estaré de vuelta, y es más, saldré de á bordo con licencia del patron. Nada temas y está quedo.

Y diciendo y haciendo, listo como un ciervo de los bosques de Kidiri, se encaminó á la camareta de maese Antonio, le despertó suavemente y pldióle permiso para ir con sus compatriotas en busca de cierta yerba que conocían de grandes virtudes vulnerarias, yerba que debia cogerse al salir la luna en los últimos días del lleno. Aquella noche le tocaba salir entre doce y una. Al capitán le pareció bien y dió su licencia, encargando la pronta vuelta, y se echó á roncar volviéndose hácia el mamparo. Katu Parakh despertó á sus dos hombres, los arrancó á las dulzuras del sueño, y los tres, por el botalon de proa, que estaba casi perpendicular á una roca, se deslizaron á tierra.

En pocos momentos llegaron al lugar donde fué el combate, cuyas huellas estaban señaladas en las yerbas y charcos. Pusieronse á examinarlo. Pronto tropezaron con los cuerpos allí esparcidos, y apenas el adolescente Parakh reconocía el que más á la mano le cayó, cuando se incorporó al decirle uno de los javaneses que se hallaba á treinta pasos de distancia:

—¡Anadara, Anadara! *Sini oda satu* orang puti apa tada mati.

—Tiang, Ngoro, tiang; saia mari sana lacas. Lo cual quiere decir... (La primera palabra, no la traducción por ahora); aquí hay un blanco que no está muerto.—Calla, Ngoro, calla; allá voy al instante.

Y en efecto, rápido como el pensamiento, se trasladó á donde estaba su compatriota, que puesto en cuclillas tenia entre sus brazos la cabeza de un hombre. Aquel hombre habia caído en un espacio húmedo, y su cabeza en un verdadero charco. Por lo que podia calcularse, y aun verse á la luz de la luna, y por ojos tan penetrantes como los de los hijos de la naturaleza, aquel blanco tenia varias heridas y muchas contusiones, aunque de gravedad solo presentase una profunda lesión en la ca-

(1) Javaneses.

beza, cuya hemorragia le hubiera producido indudablemente la muerte, sin la casualidad de haber caído sobre él agua fría que se la restañó un poco. Estaba, sin embargo, desconocido, y el listo mancebo, encargando á aquel á quien había llamado Ngoro, que sostuviese al desmayado en la misma postura, recogió al otro sin hablar palabra, y traspasando el límite del bosque de árboles de bacang, pusieron á buscar cuidadosamente entre las yerbas, lanzando á poco el caritativo javanés un comprimido grito de júbilo. Había hallado lo que buscaba. Recogieron él y su compañero la cantidad que necesitaban de la vulneraria que conocían, y se trasladaron junto al doliente, estrujándole sobre las heridas principales el jugo de la planta, é improvisando con parte de sus ropas unas compresas.

A los pocos instantes vieron coronados sus esfuerzos. El que estaba poco menos que muerto, abrió perezosamente los ojos y pronunció con débil voz estas palabras:—«Sálvate, Alvaro, que aquí estoy yo para proteger tu retirada.»—Después de este esfuerzo entornó otra vez los ojos; pero la circulación de la sangre se restableció, si bien con lentitud, y sus miembros empezaron á recobrar flexibilidad. Entonces el joven, volviéndose á uno de los suyos, le dijo en malayo, que ya traduciremos desde luego:

—Sumo Deraio, anda á bordo con un puñado de esa yerba y cura el hombre blanco con ella, y á los otros.

—Si me vé el capitán ó cualquiera de aquellos *pinchuris* (ladrones) ¿qué digo?

—Dices que esa yerba está escasa por estos parajes, y que Ngoro y yo quedamos buscando más por si hace falta. Dí también que nos hemos alejado largo trecho; pero que regularmente estaremos de vuelta dentro de una hora, y de todos modos antes que venga el día.

Ngoro no necesitó más esplicaciones y echo á correr hácia la nave. Parakh le llamó de nuevo y le hizo acompañar por Deraio, encargando á este que esperase al primero, al cual encargó que le llevase en un frasco un poco de vino y un *tabo*, ó séase una taza hube de media corteza de coco. En tanto, él quedó reanimando al herido como Dios le daba á entender.

Un cuarto de hora poco más había trascurrido, cuando Ngoro volvió con lo que se le había pedido. Entre los dos lavaron con agua y vino heridas y contusiones, é hicieron tragar algunas gotas del último al paciente, que volvió en sí, totalmente por esta vez, manifestando en su mirada admiración por los cuidados de que era objeto, y tres tantos más de gratitud: quiso hablar y el mancebo le impuso dulcemente silencio, dijo algunas palabras al otro en la lengua en que hablaba, y este, metiéndose en un bosquecillo de cocoteros, trepó por uno de ellos, arrancó el coco que mejor le pareció, fué con él hácia el pequeño grupo, rompió la fruta contra una piedra con habilidad, vertieron parte del líquido contenido en el *tabo* limpio y lo hicieron beber al hombre blanco. Esta bebida le refrigeró, mientras la locion de agua y vino, y más que nada la misteriosa yerba, le produjo un bienestar relativo. Cuando el pequeño javanés conoció que era razón, entabló con aquel en portugués chapurrado, el diálogo siguiente:

—¿Cómo te llamas?

—Alonso...

—Basta; no sé porque te he conocido: Alonso del... del Moral, del Moral...

(Se continuará).

## LOTERIA DE LA HABANA

DEL 17 DE SETIEMBRE DE 1873.

Se venden billetes á 400 rs. y vigésimos á 20, en la Administración de EL CASCABEL.

A provincias se enviarán á quien remita el importe en libranza, y un sello de 2 rs. y á vuelta de correo recibirá en carta certificada lo que haya pedido.

## TEATRO DE LA ZARZUELA.

TEMPORADA DE 1873 Á 1874.

La empresa de este teatro es, en su parte directiva, la misma que desde que se inauguró en 1856, y con pocas y brevísimas interrupciones, lo ha tenido siempre á su cargo. Confiada, pues, en el crédito y buen nombre que haya podido adquirir por sus constantes esfuerzos en pró del espectáculo y del arte lírico, que há tantos años cultiva y por la escrupulosa fidelidad con que hasta en épocas muy críticas y azarosas ha llevado á cabo sus promesas, cree hoy necesario, no por vana arrogancia de su parte, sino por la benévola y lisonjera acogida que en todas ocasiones ha dispensado el culto público de Madrid á sus trabajos, hacer aquí exajerados elogios de la compañía que anuncia, ni pomposas ofertas, que muchas veces suelen quedar ilusorias. Limitase, por tanto, á manifestar que, constante en su antiguo propósito, consagrará á las tareas artísticas de la inmediata temporada el mismo incansable celo y cuidadoso interés con que tantas veces ha alcanzado la recompensa más grata para ella, la aprobacion y las simpatías de sus favorecedores: que para lograrla ahora también, cuenta ya con obras nuevas de los distinguidos escritores y maestros compositores, D. ANTONIO HURTADO, D. CARLOS FRONTEIRA, D. CARLOS COELLO, D. LUIS EGUILAZ, D. LUIS MARIANO DE LARRA, D. MIGUEL RAMOS CARRION, D. MARIANO PINA, D. RICARDO PUENTE Y BRAÑAS, D. CRISTOBAL OUDRID, D. EMILIO ARRIETA, D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI, D. JOSÉ ROGEL, D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO, D. RAFAEL G. ACEVES y otros reputados autores, que con las obras nuevas, que se pondrán en escena con el esmero y propiedad proverbiales en este teatro, alternarán las más escogidas del repertorio, como *La Conquistista de Madrid*, *Zampa*, *El Tesoro escondido*, *El Estudiante de Salamanca*, *Galanteos en Venecia*, etc., y algunas extranjeras de los célebres maestros AUER, FLOTOW y otros; y por último, que para la más acertada interpretacion de todas estas obras ofrece la compañía que anuncia, acerca de la cual nada dirá la empresa por formarse en su mayor parte de artistas bien conocidos y justamente apreciados del público: aunque sí considera conveniente llamar la atención hácia la primera tiple DOÑA DOLORES TRILLO, que después de haber cantado con general aplauso en el Teatro Nacional de la Opera y en este mismo en una sola ocasión, se dedica ahora resueltamente al género de la zarzuela, y las Srías. DOÑA CAROLINA URIONDO y DOÑA FRANCISCA SELGAS AGUADO, primer premio del Conservatorio aquella y ésta distinguida aficionada muy conocida en los principales círculos de esta Capital, que se presentarán por primera vez en la escena, alentadas ambas, al emprender la difícil carrera artística, por la benévola galantería del ilustrado público de Madrid.

Compañía lírico-española que actuará en este teatro durante la temporada que deberá principiar del 18 al 20 de setiembre de 1873.

Director de la Compañía: D. Francisco Salas.

Tiples en sus respectivos géneros: Doña Dolores Trillo.—Doña Dolores Franco.—Doña Carolina Uriondo.

Mezzo soprano: Doña Francisca Selgas Aguado.

Contraltos: Doña Arsenia Velasco.—Doña Manuela Soldado.

Característica: Doña Concepcion Baeza.

Damas jóvenes: Doña Josefá Franco.—Doña Petra Turin.—Doña Lorenza Sanchez.

Director de escena: D. Mariano Pina.

Tenores: D. Rosendo Dalmau.—D. Antonio Monjardin.—Don Juan Edo.

Barítonos: D. Victor Loitia.—D. Julian González.—D. Enrique Jordá.

Tenores cómicos: D. Vicente Caltañazor.—D. Miguel Iglesias.

Bajo característico: D. Gabriel Sanchez Castilla.

Bajos cantantes: D. Luis Crespo.—D. Ramon Hidalgo.

Director de orquesta: D. Cristóbal Oudrid.

Orquesta: Una escogida orquesta compuesta de cuarenta y seis profesores.

Maestros concertadores al piano y de coros: D. Félix Ruiz.—Don Antonio Llanos.

Pintores: D. Augusto Ferri.—D. Jorge Busato.—D. Antonio Bravo.

El abono se ha abierto el día 5 del actual.

MADRID.—1873

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos)